

EL PERFIL CRIMINOLÓGICO COMO TÉCNICA FORENSE

Esta ponencia introduce los fundamentos del perfil criminológico como técnica para la comprensión de la actividad criminal. En la medida en que su empleo resulte eficaz, la policía dispondrá de una mayor orientación para buscar al responsable de los delitos. Otras aplicaciones de esta técnica son el análisis de la estrategia de interrogatorio más apropiada para casos complejos y el apoyo a la tarea del diagnóstico mental y de personalidad para los tribunales. Todo esto no puede tratarse aquí, en estas páginas, donde me centro en el nacimiento y características fundacionales del perfil. Sin embargo, en la exposición oral podré ocuparme de aspectos más específicos que ilustran la aplicación del perfil como técnica forense.

1. CONCEPTO DE PROFILING (PERFIL CRIMINOLÓGICO)

Los profesionales que se han encargado de practicar el perfil criminal han incluido históricamente un espectro numeroso de investigadores, científicos del comportamiento, de las ciencias sociales y expertos forenses. Su contribución se ha dirigido a reducir el número de los posibles sospechosos, ayudar a vincular diferentes casos criminales, y a desarrollar nuevas líneas de investigación en casos no resueltos que están “atascados”.

El término *offender profiling* (“perfil del delincuente”) fue creado por los agentes del FBI en el centro de entrenamiento de Quantico (Virginia Oeste) en los años 70, para designar la técnica de describir el comportamiento y características probables del autor desconocido de un asesinato. El primer caso que se conoce es el de Susan Jaeger, una niña que desapareció en 1973 en el estado de Montana (EE.UU), y a la que la policía llevaba más de medio año buscando infructuosamente. Había sido secuestrada mientras dormía en su tienda de campaña, haciendo camping con sus padres. Siete meses más tarde apareció muerta en un bosque cercano, gravemente mutilada.

El FBI sugirió que el asesino era un varón blanco, que vivía cerca del camping, y que posiblemente contara con algún arresto previo. Probablemente, se anotó también, habría guardado algún recuerdo físico del hecho. El perfil condujo ante un sospechoso, David Meirhofer, quien sin embargo negó los cargos. Cuando, más tarde, la madre grabó una llamada anónima que recibió, en la que se le informaba de que su hija había sido secuestrada, se comprobó que el sospechoso había hecho esa llamada. Antes de que

se ahorcara en su celda, la policía comprobó que también había cometido otros tres asesinatos.

Tal y como escriben Holmes y Holmes en su libro clásico *Profiling violent crimes* (“La perfilación de los delitos violentos”), la técnica del perfil, o la evaluación aplicada a la investigación criminal, es un “intento elaborado de proporcionar a los equipos de investigación con la información específica en torno al tipo de individuo que ha cometido un cierto crimen”. Usualmente los perfiles son más eficaces en aquellos casos en los que un delincuente desconocido ha mostrado indicios de psicopatología. En esta categoría incluiríamos delitos como el asesinato serial, la violación, la piromanía, robos de bancos y el secuestro y abuso sexual de niños.

El perfilador aparece así como un miembro más de un equipo que ha de basarse en el trabajo combinado de todos los que intervienen en la investigación. Por ello, los perfiles deberían basarse en el examen adecuado de todos los aspectos del caso, esto es, los informes de la policía, del laboratorio forense, de las autopsias, fotografías y vídeos, dibujos de la escena del crimen, mapas de las diversas zonas implicadas, e incluso de la impresión de los propios investigadores. Igualmente, los perfiles deben de ser capaces de ubicar al responsable en lo que Keppel ha denominado ‘un continuo de violencia’, es decir, “en qué lugar se halla el criminal en su secuencia de acciones violentas, con objeto de determinar cuál es la firma del asesino y adónde le puedan llevar sus fuerzas psicológicas (...and where his psychological forces might be driving him)”.

La expresión preferente que vamos a emplear en este texto es la de “perfil criminológico”, o en ocasiones el término en inglés *profiling*, pero lo cierto es que, como hemos visto ya en el caso del FBI, el término más extendido es el del “perfil del delincuente”. No obstante, también se conoce con otras expresiones, tales como perfil comportamental, análisis de la escena del crimen, perfil de la personalidad criminal, perfil psicológico y, más recientemente, análisis de la investigación criminal. Estas expresiones, debido a que no existe un único método de realizar el perfil, se suelen utilizar de modo intercambiable. Nuestra preferencia por la expresión de *perfil criminológico* proviene de la idea de que un buen perfil exige el conocimiento aplicado e integrado de las ciencias del crimen, esto es, de la Criminología. Y, por otra parte, muchas de las actividades del perfilador van más allá de sugerir la descripción del sospechoso de un crimen o una serie de crímenes, aunque sea ésta la tarea más relevante que suele acometer. De este modo, un perfil criminológico no necesariamente versa

sobre las características del delincuente desconocido, sino que en conjunto puede versar sobre estas tareas:

1. Una descripción de la personalidad y características descriptivas del autor desconocido de un crimen o una serie de crímenes.
2. Un estudio sobre dónde puede tener su residencia y/o su base de operaciones para cometer sus delitos.
3. Una valoración sobre la probabilidad de que cometa futuros delitos y su ubicación.
4. Una valoración del caso para proveer al equipo de investigación de nuevas vías de trabajo, por ejemplo, vinculando crímenes diversos en un mismo autor (o diferenciándolos).
5. Consejo especializado acerca de cómo gestionar la relación con los medios en un caso de asesinato o violación serial o de un delito particularmente perverso o violento (por ejemplo, un asesinato múltiple en un solo acto).
6. Apoyo en la dirección de las entrevistas (interrogatorios) con el (los) posible sospechoso.

¿Cuándo es más útil emplear esta técnica? Holmes y Holmes señalan que “cuando el investigador tiene ante sí un crimen en el que están ausentes los motivos habituales, un perfil puede ser el instrumento esencial para la resolución exitosa del caso”.

2. UNA PERSPECTIVA HISTÓRICA MULTIDISCIPLINAR

El perfil criminológico hunde sus raíces en la Criminología, en la Psiquiatría y Psicología, y en las ciencias forenses. En todas sus diferentes formas, siempre ha tenido el objetivo de inferir características delictivas para la investigación criminal o para determinar ciertos hechos que van a ser considerados en la sala de justicia. Lo que ha variado ha sido el fundamento, los elementos considerados para realizar tales inferencias.

2.1. La criminología

Es un lugar común decir que Cesare Lombroso (1835-1909) fue uno de los primeros criminólogos en intentar clasificar a los delincuentes de un modo formal para realizar comparaciones estadísticas. En efecto, mediante la recogida de información en torno a aspectos como edad, raza, sexo, rasgos físicos, educación y región geográfica, entre otros, de delincuentes semejantes, Lombroso pretendía comprender los orígenes y motivaciones de la conducta criminal, así como predecirla. En su obra esencial, *El hombre delincuente* (1876), estudió a 383 reclusos italianos, y diferenció tres grandes tipos:

a) *Criminales natos*: delincuentes degenerados, primitivos, cuya psicología y rasgos físicos se correspondían con la de hombres de periodos anteriores de la evolución humana (atavismo). Entre esos rasgos físicos denotadores de la criminalidad atávica se hallaban, entre los 18 que cita, los siguientes: cara asimétrica; mandíbula y pómulos grandes; orejas de gran tamaño, o realmente pequeñas, o de forma de asa como las de los chimpancés; dentadura anormal; brazos excesivamente largos; dedos en las manos y pies de más; bolsas en las mejillas; y barbilla hundida, o excesivamente larga, o corta y plana, como la de algunos simios.

b) *Criminales enfermos*: delincuentes que sufrían de enfermedades o deficiencias mentales y físicas.

c) *Criminaloides*: un grupo muy numeroso de delincuentes sin características especiales. No tenían defectos mentales, pero su constitución mental y emocional les predisponía al delito.

Es obvio que Lombroso se sintió influido por la teoría de la evolución de Darwin, quien señaló cómo los simios y los hombres estaban emparentados en la línea evolutiva. De ahí a pensar que los delincuentes tenían más rasgos propios de “monos” que del hombre culto contemporáneo, no había un gran paso, eso sí, si se dejaba llevar uno por la imaginación más que por el rigor de los datos tomados.

Sin embargo, Lombroso no se interesó por la investigación criminal en sí. Si él puede ser llamado, con justicia, el “padre de la criminología”, el profesor alemán Hans Gross, quien estableció un museo de criminología en la Universidad de Graz, puede ser llamado el “padre de la aplicación de la criminología a la investigación criminal”. Su obra de 1893, *La investigación criminal: Un manual práctico para magistrados, policías y abogados*, fue todo un éxito en aquellos años, y todavía hoy, la revista

forense que él fundó, titulada “Criminología” (*Kriminologie*), es un referente importante en lengua alemana para el campo de la investigación criminal.

En su manual, Gross ofrecía varios métodos para perfilar la conducta de asesinos, incendiarios, ladrones, mujeres que testificaban una violación falsa, y otros tipos. Una idea esencial de su filosofía de investigación sigue siendo hoy de enorme vigencia, a saber, que los criminales han de ser comprendidos fundamentalmente a través de sus delitos, y que hay que prestar una gran atención a la conducta del delincuente. Así, escribió que:

... En casi cada caso el ladrón ha dejado el rastro más importante de su paso, es decir, la manera en la que él ha cometido el robo. En efecto, cada ladrón tiene su estilo característico o *modus operandi*, del cual rara vez se aparta, y que es completamente incapaz de abandonar por completo; a veces este rasgo distintivo es tan visible y llamativo que incluso el policía novato puede detectarlo sin dificultad; pero, por una parte, el novato no sabe cómo agrupar, diferenciar o utilizar eso que ha observado, y, por otra parte, el carácter particular del procedimiento mostrado por el delincuente en ocasiones no es tan fácil de reconocer.

En su otra obra bien conocida, “Psicología criminal”, de 1968, Gross muestra de nuevo la importancia del perfil criminológico, al señalar que el investigador ha de interpretar el delito de acuerdo con la psicología del autor que revela:

¿No es bien conocido que cada acto es el producto del carácter total del que actúa? ¿No se tiene por cierto que el acto y el carácter son conceptos correlativos, y que el carácter por medio del cual el acto va a ser establecido no puede ser inferido por el acto sólo? . . . Cada acto particular es concebible sólo cuando un carácter determinado del autor es tomado en relación con él, esto es, un cierto carácter predispone a determinados actos, mientras que otro carácter hace que éstos sean impensables en esa otra persona.

Otro hito sustancial en esta breve historia lo constituyó la aparición del libro de 1935 “La investigación criminal moderna” (*Modern Criminal Investigation*), a cargo del Inspector en jefe de la policía de Nueva York, John O’Connell, y del profesor sueco de

criminología Harry Soderman. Además de ofrecer perfiles detallados de diferentes tipos de delincuentes, como los que roban con violencia, en inmuebles, o los que roban en tiendas, estudiaron de modo preciso el modo en que la evidencia física y las conductas de los delincuentes pueden llevar a identificar con provecho a sujetos sospechosos de asesinato. Fueron de los primeros que reconocieron la importancia de analizar con esmero aspectos tales como el motivo para el crimen, armas empleadas, vías utilizadas y objetos recogidos en la escena del crimen.

Pero mucho del trabajo criminológico aplicado a la investigación criminal pronto llegó a ser desarrollado por los científicos forenses, lo que fue un paso lógico en la evolución de la ciencia del perfil criminológico. Hoy podemos decir que la investigación criminal tiene que ver más con la tarea de recoger hechos (mediante entrevistas e interrogatorios), mientras la investigación forense se relaciona con la recogida de la evidencia física, *y las ciencias del comportamiento con los aspectos psicosociales del escenario del crimen.*

2.2. La ciencia forense

La patología forense es la rama de la medicina que aplica los principios y conocimientos de las ciencias médicas al campo de la ley. Es tarea del médico forense investigar el cuerpo de la víctima, y los aspectos que hayan impactado sobre dicho cuerpo: heridas, ambiente, enfermedades...

Quizás una de las aportaciones históricas más notables fue la del forense que participó en los crímenes de Jack “el destripador”, en el Londres de 1888. En lugar de comparar las características de los asesinatos con otros crímenes ya investigados, el doctor George Phillips se basó en una investigación cuidadosa de las heridas que presentaban las víctimas del asesino desconocido. Es decir, él infirió la personalidad del criminal a través del examen de la conducta que ese sujeto mostraba en su interacción con las víctimas. Por ejemplo, analizando a una de las víctimas, Annie Chapman, Phillips señaló que el asesino tenía conocimientos profesionales, debido a la precisión y limpieza con las que éste extrajo los órganos de su víctima. De este modo, la mutilación fue considerada una conducta que debía relacionarse con el carácter del sujeto que se estaba buscando.

En el devenir subsiguiente de la práctica forense, otros autores han ido dando luz verde al papel de la evidencia física (y la reconstrucción del crimen) en aras de generar un perfil criminológico que facilite la captura del sospechoso. Por ejemplo, el Dr. Paul

Kirk, en su obra de 1974 “Investigación criminal” (*Crime investigation*), dice lo siguiente: “La evidencia física suele ser muy útil para la investigación policial antes de que haya un sospechoso bajo custodia, o incluso antes de que se tenga siquiera a alguien como sospechoso. Si, por ejemplo, el laboratorio puede describir las ropas que llevaba el asesino, dar una idea de su estatura, edad, color del pelo, o una información similar, entonces la investigación de la policía puede estar mucho más dirigida. Todavía más, con frecuencia es posible indicar una ocupación probable, o describir un hábitat con notable precisión a partir de un objeto aparentemente insignificante, hallado en la escena del crimen...”.

2.3. Los científicos de la conducta

El psiquiatra es el médico que trata con el diagnóstico y el tratamiento de los trastornos mentales, mientras que el psiquiatra forense se ocupa de estas mismas cuestiones en el marco de la aplicación de la ley. Por lo que respecta al tema que nos ocupa, no ha sido algo común que el psiquiatra participe en las tareas de investigación criminal. No obstante, la aportación del Dr. James A. Brussel, un psiquiatra americano que vivía en el Greenwich Village de Nueva York, puede considerarse como un paso decisivo en el camino del reconocimiento del perfil criminológico como una herramienta útil a la investigación criminal.

Ya que Brussel era un clínico, no debemos extrañarnos de que su aproximación al perfil criminológico adoptara la forma de un diagnóstico del estado mental del sospechoso, a partir del estudio de las conductas que mostraba en las escenas del crimen. Su método incluía inferir las características personales del sospechoso atendiendo, en parte, a la comparación de las conductas criminales que observaba en el caso investigado con las que él había observado en los pacientes mentales de los que se ocupaba regularmente.

El delincuente que hizo célebre a Brussel fue el “loco de las bombas” (*mad bomber*), quien entre los años 40 y 50 del siglo XX puso al menos 37 bombas en estaciones de trenes y cines de la ciudad de Nueva York (imagen 1)

Brussel determinó que, entre otras características, el sospechoso era un varón eslavo, católico-romano, vivía en Connecticut, padecía de paranoia, tenía conocimientos de electricidad, metalurgia y fontanería, tenía una buena educación, era soltero (posiblemente virgen) y –lo que más conmocionó al público de la época- vestía un traje cruzado de tres piezas, con un chaleco abotonado. Cuando finalmente fue capturado

George Metesky, en 1957, se comprobó que el perfil había sido extraordinariamente preciso (sin embargo, algunos autores han precisado, con cierta malicia, que el *mad*



Imagen 1

bomber estaba en pijama cuando fue capturado a las doce de la noche, y no llevaba el famoso traje de tres piezas; pero —reflexionamos nosotros— si estaba en pijama por la hora intempestiva en la que se presentó la policía, ¿cómo iba a llevarlo? Lo cierto es que si hemos de hacer caso al Dr. Brussel, quien escribió sobre este caso y otros en un libro célebre de 1968, *cuando regresó de su habitación vestido sí lo llevaba*).

Otro caso donde fue requerido el apoyo de los perfiladores fue el del Estrangulador de Boston, quien mató entre 1962 y 1964 a 13 mujeres en esa ciudad. Para este suceso, sin embargo, se optó por crear un “equipo de perfiladores”, compuesto por un psiquiatra, un ginecólogo, un antropólogo y otros profesionales. La conclusión de este peculiar comité fue que los asesinatos sexuales eran obra de dos delincuentes diferentes, debido a que había dos grupos de mujeres claramente diferenciadas: uno compuesto de mujeres jóvenes, y otro compuesto de mujeres más mayores, y al hecho de que ambos tipos de víctimas parecían relacionarse con diferentes necesidades psicológicas expresadas en los crímenes. Un autor importante, Brent Turvey, escribe:

El comité opinó que las mujeres mayores estaban siendo estranguladas y asesinadas por un hombre que fue criado por una madre seductora y dominante, que él era incapaz de expresar el odio que sentía hacia ella y que, como resultado, desplazaba esa ira hacia otras mujeres. El sospechoso vivía solo, y si fuera capaz de imponerse sobre su madre dominante, no tendría problemas para expresar amor como una persona normal. También

opinaba el comité que el asesino de las mujeres jóvenes era un hombre homosexual, probablemente alguien conocido de las víctimas.



Imagen 2
El “estrangulador de Boston”

El Dr. Brussel –quien también fue llamado a opinar- no estuvo de acuerdo con ese perfil, ya que pensaba que el asesino era el mismo en todos los casos. Sin embargo, en abril de 1964, cuando se requirió la colaboración del psiquiatra, los crímenes ya hacía tres meses que habían parado, con lo que el comité fue disuelto.

Lo cierto es que en noviembre de 1964 fue capturado Albert DeSalvo, acusado de otros crímenes, quien confesó ser el estrangulador (imagen 2). DeSalvo encajaba muy bien con el perfil plasmado por Brussel, pero dado que el sospechoso nunca fue juzgado por los crímenes cometidos por el estrangulador, resulta hoy imposible decidir si realmente el perfil tuvo éxito o no. DeSalvo fue asesinado en la cárcel en 1973.

2.4. La explosión del profiling: llega el FBI

El famoso modelo de perfil criminológico del FBI fue iniciado por un investigador de ese cuerpo, Howard Teten, en 1970, quien había sido discípulo de Paul Kirk, y había leído extensamente a Hans Gross mientras era alumno de la Escuela de Criminología de Berkeley, California, al final de los años 50.

Teten llamó a su primer libro de perfil criminológico impartido “Criminología Aplicada”, y durante 1971 se unió a un agente de Nueva York, Pat Mullany, para impartir cursos en todo el país. Mullany se encargaba de explicar la conducta anormal relacionada con el crimen, mientras que Teten se centraba en discutir cómo podía

determinarse la evidencia de conducta anormal a partir del análisis de la escena del crimen.

En 1972 se creó la Unidad de Ciencias del Comportamiento (UCC), dentro del FBI, bajo la dirección del agente Jack Kirsch, donde Mullany y Teten impartieron muchos cursos hasta que se retiraron, en 1975 y 1978, respectivamente. A lo largo de 1990 la UCC sufrió varias transformaciones, y actualmente la unidad encargada de realizar los perfiles criminológicos opera bajo la dirección del Centro Nacional para el Análisis del Crimen.

Los perfiles de la UCC del FBI alcanzaron, al cabo de los años, una gran popularidad. A ello contribuyó una pléyade de libros escritos por agentes y ex agentes que narraban los casos más espectaculares con los que se enfrentaron, y que tuvieron la virtud de narrar acciones policiales mezcladas con historiales criminales y explicaciones acerca de la personalidad de los delincuentes. Estos libros seguían la estela del clásico de memorias escrito por el Doctor Brussel, “El fichero de un psiquiatra criminalista” (*Casebook of a crime psychiatrist*), publicado en 1968, y se convirtieron en un buen negocio cuando la película “El silencio de los corderos” se convirtió en un éxito mundial a comienzos del decenio de los noventa del pasado siglo. Podemos citar, a modo de ejemplo, las obras: “El que lucha con monstruos” (*Whoever fights monsters*), escrito por Robert K. Ressler y Tom Shachter (original de 1992), “El hombre del río: Ted Bundy y yo en la caza del asesino de Río Verde” (no traducido: *The Riverman: Ted Bundy and I hunt for the Green River killer*), de Robert D. Keppel y William J. Birnes (1995), y “El cazador de mentes: En el interior de la unidad de élite del FBI para asesinos en serie” (no traducido: *Mindhunter: Inside the FBI elite serial crime unit*), de John Douglas y Mark Olshaker (1995)

El FBI no es el único en desarrollar perfiles; siguiendo su ejemplo, muchas agencias estatales de policía de EE.UU. realizan esa misma tarea, y en otros países también han prosperado, caso de Canadá, Reino Unido, Australia y Holanda. En España, que nosotros sepamos, no existe tal unidad, aunque desde luego existen profesionales de la policía cualificados que pueden realizar esa tarea en un momento dado.

3. LAS ESCUELAS DEL PROFILING

Como ocurre con toda ciencia joven –o mejor, con una disciplina que todavía cabalga entre la ciencia y el arte— hay diferentes maneras de proceder que no siempre son compatibles entre sí. Aunque quizás sea prematuro hablar de “escuelas” –ya que esto supone un estadio de desarrollo institucional que es dudoso que se haya conseguido en el *profiling*— para nuestros propósitos tiene sentido distinguir entre dos grandes escuelas o sistemas de elaborar el *profiling*. Como suele ocurrir cuando dos sistemas se oponen en sus planteamientos fundamentales, la verdad en cuanto a la utilidad de ambas se queda en un punto de integración, donde el autor de este texto se posiciona.

3.1. La escuela inductiva y la deductiva en el perfil criminológico

La aproximación inductiva descansa en una premisa simple: si ciertos crímenes cometidos por personas diferentes son semejantes, entonces los delincuentes deben también compartir rasgos de personalidad comunes. La información reunida proviene de delitos pasados, delincuentes ya conocidos por la policía y los forenses, y otras fuentes de información como los medios de comunicación.

La ventaja de este método es su rapidez, pero en cambio no se basa en la integración de los desarrollos de los conocimientos de la criminología aplicables al caso (de la psicología, de la geografía, etcétera), ya que el perfil es el resultado de comparar los elementos que unen y separan a las escenas del crimen.

El método deductivo, por otra parte, se deriva de un estudio exhaustivo de la escena del crimen y de la evidencia dejada allí, esa evidencia es tanto física (todos los restos encontrados por los forenses y la policía científica) como psicológica (los actos del agresor). La victimología aquí cobra un papel esencial: “Cuanto más se conoce a la víctima, más se conoce al criminal”, escriben Holmes y Holmes. El inconveniente de este sistema es que es más lento y laborioso.

Parece obvio que una combinación de ambos métodos resulta adecuada. Holmes y Holmes ponen el siguiente ejemplo de un perfil elaborado por esa combinación de sistemas:

Una anciana fue asesinada mediante golpes, en su casa. El asesino estaba en su casa cuando ella regresó por la noche, después de haber salido con dos

amigas. Esto sugiere que quizás la iba espiando con anterioridad, o bien que supiera sus costumbres. Cuando se estaba desvistiendo en su dormitorio con las luces apagadas, el asesino llegó por atrás y la golpeó en la cabeza hasta matarla. A partir de la escena del crimen se supo que el agresor había estado en casa de la víctima un tiempo antes, ya que había una botella de vino abierta y medio consumida en el vestíbulo, algo que no encajaba con la anciana, una mujer limpia y escrupulosa. El asesino había tenido el tiempo y la tranquilidad suficiente para buscar la botella en la despensa, descorcharla y beberla en parte. Además, las fotos de la víctima y de sus nietos que estaban en el dormitorio habían sido colocadas boca abajo, lo que sugiere un intento de minimizar su empatía por la víctima.

En esta escena del crimen se ve la combinación entre la aproximación inductiva y deductiva. El emplear los conocimientos de la criminología sobre la personalidad de los delincuentes nos permite *deducir* aspectos relevantes sobre la psicología de este asesino. Pero, igualmente, podemos obtener una información *inductiva* valiosa mediante el conocimiento de otros casos en los que han sido asesinadas ancianas. Por ejemplo, dada la ausencia de motivación sexual, es más probable que el agresor conociera previamente a la víctima, que fuera un familiar o alguien implicado de algún modo en su vida. *Esto último forma parte del método inductivo*, porque la afirmación proviene del estudio comparativo de las escenas del crimen donde las víctimas son mujeres ancianas. Sin embargo, también *se podía haber deducido* que el asesino conocía las costumbres de la víctima, puesto que entró en la casa cuando ella no estaba y, tranquilamente, la esperó agazapado en su habitación hasta que llegara.

Por consiguiente, la parte del perfil que asegura que la víctima y el agresor estaban relacionados podía ser tanto una conclusión inductiva (las víctimas ancianas son asesinadas con mayor probabilidad por conocidos cuando no hay móvil sexual) como deductiva (los actos que llevó a cabo en la escena del crimen). *Lo propio del método deductivo es la descripción previa de los movimientos del asesino*: el análisis riguroso de la escena del crimen nos permite deducir el comportamiento que realizó en la misma. Aunque favorecemos esta postura mixta, ponemos el énfasis en la perspectiva deductiva: las comparaciones con promedios estadísticos o con tipologías extraídas de los estudios de otros delitos deben ser siempre secundarias a la interpretación correcta de los comportamientos que podemos deducir en la escena del crimen. Es en esta

interpretación donde el perfil criminológico obtiene toda su fuerza cuando toma en cuenta todos los datos posibles reunidos por investigadores y forenses.

Por ejemplo, la diferencia existente entre un criminal “organizado” y otro “desorganizado” –según tipología célebre del FBI— es que el segundo es mucho menos cuidadoso que el primero con las huellas que deja en la escena del crimen, es más impulsivo, y sus actos violentos devienen más erráticos y grotescos. Lo vemos en este cuadro:

Cuadro 1
Delincuentes organizados y desorganizados en la violencia exhibida

ORGANIZADO	DESORGANIZADO
Mantiene control sobre su comportamiento agresivo.	Es incapaz de mantener el control.
Hay mayor probabilidad de que viole y torture a sus víctimas antes de morir.	Comete actos extremos de violencia, mutila y tiene actos sexuales postmortem con sus víctimas.
Asesina a su víctima lentamente, de forma metódica y planificada.	Asesina de manera rápida, mata instantáneamente.

Fuente: Morales (2003)

Esta clasificación la ha hecho célebre el FBI, pero con el tiempo ha tenido que crear la categoría de “asesinos mixtos”, porque la realidad se niega a encajarse con las categorías ideales. ¿De dónde sacaron Ressler y otros agentes federales de EE.UU. esos dos tipos de asesinos? Lo hicieron comparando casos de psicóticos (como esquizofrénicos) y psicópatas, y viendo qué porcentajes de conductas “organizadas” y “desorganizadas” se podía atribuir a un grupo y a otro. Pero como los datos en los que se basaron para derivar ambos tipos eran pocos, y esos rasgos estaban muy inspirados por la visión y experiencia de los detectives (que no son universales), con el tiempo se dieron cuenta que muchos casos no se correspondían ni con el tipo organizado ni con el desorganizado.

De este modo, el análisis inductivo de una escena del crimen como de un tipo o de otro puede ser rápido, pero inexacto. Nunca debería primar la aplicación de una categoría o de un tipo sobre lo que está mostrando la escena del crimen.

Las comparaciones con promedios estadísticos o con tipologías extraídas de los estudios previos deben ser siempre secundarias a la interpretación correcta de los comportamientos que podemos deducir en la escena del crimen

Ahora bien, una pregunta relevante es: ¿sería mucho mejor el método inductivo si las estimaciones basadas en comparaciones de la escena del crimen –los tipos o categorías construidas— se basaran en estudios estadísticos y empíricos mucho más rigurosos que los llevados a cabo por el FBI?

Esta es, en esencia, la postura de Canter y la Escuela de Psicología Investigativa de la Universidad de Liverpool. David Canter es un psicólogo de formación metodológica, muy versado en estadística y psicología ambiental. Si bien en su obra más famosa de 1994 –Las sombras del crimen (*Criminal Shadows*)— no es muy crítico con el FBI, con el tiempo ha ido endureciendo su postura, y actualmente sostiene sin ambages que las tipologías del FBI sobre homicidas y violadores son poco útiles, ya que se obtuvieron a través de entrevistas que pueden ser objeto de manipulación por parte del delincuente. También les critica porque, según él, la información que se obtiene de la escena del crimen es poco fiable, ambigua e incompleta, lo que vicia las conclusiones a extraer.

Canter quiere elaborar también tipologías, pero lo hace siguiendo un método estadístico mucho más riguroso, en el que pueda probar su hipótesis principal, a saber, el de la consistencia entre el modo de cometer el crimen y la personalidad del criminal. En concreto, sus fundamentos aparecen en el cuadro siguiente:

Cuadro 2
La hipótesis de la consistencia delictiva en Canter
<ul style="list-style-type: none">• La hipótesis de la <i>consistencia delictiva</i>: los delincuentes, como el resto de la gente, actúan de modo consistente en el tiempo y en diferentes situaciones.• Un corolario: el modo en que se comete un crimen reflejará la conducta diaria y los rasgos del delincuente.• La hipótesis de la consistencia se ha aplicado en dos áreas: las interacciones entre la víctima y el delincuente (<i>consistencia interpersonal</i>) y el área geográfica en la que el sujeto comete los delitos (<i>consistencia espacial</i>).

La consistencia interpersonal significa que el delincuente tratará a una víctima del crimen mostrando aspectos que también manifiesta en el trato con otras personas en el mundo convencional, por lo que su impronta en su agresión será reconocible: él será consistente en su modo de tratar a las víctimas, porque también es consistente en el modo en que él trata a otras personas –como cualquiera de nosotros— todos los días. Así, escribe Canter en “Las sombras del Crimen”:

Una extensión de esto puede denominarse *el principio de la consistencia*: la forma en que un delincuente trata a sus víctimas nos da mucha información acerca del modo en que trata a la gente con la que mantiene una relación significativa. Por ejemplo, el que un delincuente manifieste en sus delitos un claro deseo por controlar, por poseer sexualmente a una mujer, y que sea capaz de aproximarse a mujeres extrañas empleando un subterfugio, e incluso que pudiera hablar con ellas después del asalto, todo ello indica que hay una alta probabilidad de que el agresor está casado, de que disponga de una mujer sobre la que ejerza su control diariamente. Por el contrario, un hombre mayor con una historia de asalto sexual, pero sin otros delitos, que viola e incluso llega a matar, es generalmente soltero.

Este gráfico ilustra esa consistencia y el fundamento del perfil criminológico:

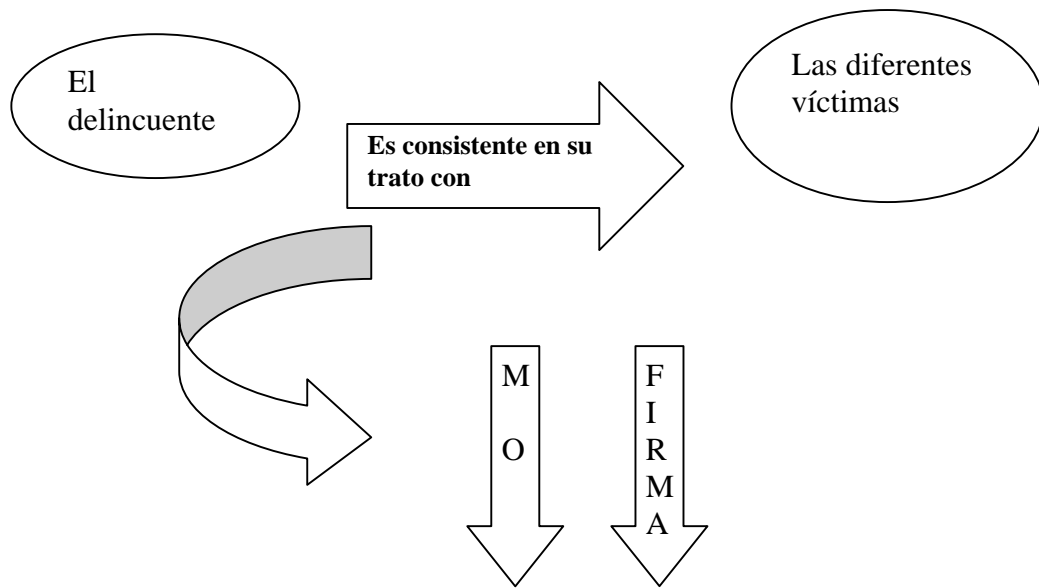


Figura 1. La consistencia en el actuar delictivo

Tanto el *Modus operandi* (MO, el “cómo” se lleva a cabo el crimen o la violación) como la “firma” del delincuente (los aspectos de la escena del crimen que revelan su motivación, el “por qué” de ese crimen) se pueden extraer en virtud de esa consistencia. Cuando decimos que el perfil criminológico se puede realizar porque “la escena del crimen refleja la personalidad del delincuente” (Holmes y Holmes), queremos decir que esa personalidad se hace presente en todo su actuar, ya sea éste criminal o no. Y debido a que es el mismo agresor el que actúa en cada crimen, su personalidad estará reflejada, dejará su huella —una huella de comportamiento o psicológica— en sus actos, los que ha impreso en la escena del crimen.

Todos los psicólogos y criminólogos están de acuerdo con esta premisa de la consistencia. Hay diferencias en el grado en que se pone el énfasis en la estabilidad, en la consistencia de los actos a través del tiempo, o bien en el cambio, en la capacidad que tienen los delincuentes para aprender y mudar su *modus operandi*. Canter quiere demostrar mediante estudios estadísticos rigurosos que esa consistencia es cierta, y por ello correlaciona actos en la escena del crimen, el *modus operandi*, con aspectos de los delincuentes (cuando son conocidos, por supuesto, y cumplen condena) como sus datos biográficos y antecedentes penales. De ese modo quiere demostrar la inferencia fundamental del perfil, en forma de que si alguien “hace tales actos en la escena del crimen entonces tenderá a tener las siguientes características”. Su crítica al FBI es que

esa inferencia no está hecha mediante estudios serios, él los hace, analizando a cientos de agresores, cumplimentando largas hojas informáticas de Excel, y luego haciendo los estudios estadísticos complejos apropiados.

Sin duda esto es un paso adelante con respecto al método “silencio de los corderos” del FBI, pero los que son firmes defensores del método deductivo –como Brian Turvey— se apresuran a decir que por muy amplio que sea el estudio estadístico, ninguna categoría previa (o tipo de delincuente) podrá sustituir a la comprensión clara de las evidencias físicas y de conducta que muestra la escena del crimen. Estamos muy de acuerdo con esta idea, pero tampoco sería justo negar el avance que supuso para el *profiling* toda la obra de la Unidad de Ciencias del Comportamiento del FBI, por más que ahora se observen las goteras que hay en ese tejado.

3.2. Cualidades del autor del perfil criminológico o “perfilador”

¿Qué cualidades ha de tener el autor de un perfil criminológico? El público puede pensar que se trata, sobre todo, de “intuición”, pero para Canter se hace necesario emplear un conocimiento más cabal del escenario del crimen, algo que puede entenderse como la habilidad de interpretar "temas" o "historias" (ver punto 4). Y que consta de las siguientes dimensiones:

- a) capacidad de percibir detalles
- b) capacidad para percibir patrones de conductas delictivas
- c) conocimiento extenso en el que poder comparar los patrones

La tarea de la investigación comportamental forense radica en reunir información para hacer más accesible el conocimiento de esos patrones, y para elaborarlos de modo más fiable, aumentando así la probabilidad de derivar un perfil definido del autor de un delito violento.

Por su parte, Turvey considera que es necesario adoptar una *posición psicológica específica* frente a la tarea cuando el profesional ha de realizar un perfil criminológico:

1. Procurar liberarse de los deseos y necesidades personales
2. Aceptar que cualquier conducta y sentimiento puede ser objeto de una fantasía de poder o de sexo

Es decir, el investigador ha de ser capaz de comprender desde qué ojos está observando el criminal la realidad, de la misma manera que deberá ser posible para él entender a la víctima de un modo plenamente humano, aun a costa de un cierto coste psicológico por su comprensión empática de su sufrimiento (ver capítulo de victimología).

4. EL CONCEPTO DE CRIMEN COMO NARRACIÓN DE UNA HISTORIA PERSONAL

Canter introduce un concepto elegante para comprender la tarea del perfilador, es el de *historia personal*: cada crimen es un capítulo de una historia que está narrando el asesino. Si somos capaces de leer correctamente cada capítulo, llegaremos a entender bien a quien lo escribe (su personalidad), y a partir de ahí podremos hacer una descripción de sus características que nos permitirá apresararlo. Escribe Canter que *raramente los delitos violentos están al margen de la cólera y la frustración que sienten sus autores*, aunque tales sentimientos pueden enmascarse gracias a los hechos realizados por el deseo de evitar la detección, o por la creencia que alberga el asesino de que, simplemente, lo que él está haciendo es obtener "simple justicia".

En efecto, a través de sus acciones el delincuente nos dice cómo ha elegido vivir su vida. El desafío está en sacar a la luz su destructiva historia de vida, descubrir la trama en la que el crimen parece jugar una parte significativa. Además, en los crímenes violentos necesitamos comprender el modo en que las acciones delictivas coexisten junto con el comportamiento cotidiano, no antisocial, del delincuente.

La persona es una consecuencia tanto de estados como de procesos, viviendo en una "estabilidad dinámica", la cual se forma, por una parte, con sus capacidades y su medio social, usualmente estables, y sus habilidades y percepciones, generalmente más dinámicas, ya que evolucionan a medida que el sujeto va relacionándose con el mundo.

¿Cómo interpretamos esta dualidad, cómo podemos formar una identidad de nosotros mismos? Varios psicólogos han argüido recientemente que esa paradoja entre la estabilidad y la evolución, esa raíz que permanece y al mismo tiempo evoluciona, es el resultado de nuestro proceso de construir historias. *Nosotros inventamos narraciones autobiográficas en las que el carácter principal tiene unos rasgos estables.*

Ahora bien, esas narraciones o historias que creamos para nosotros mismos, en la que nuestra biografía tiene sentido, pueden estar mal conformadas, preñadas de tensión y confusión. Estas tienen una gran probabilidad de romperse en relatos muy

separados, diversos, posiblemente conflictivos. Igualmente, estas historias pueden sufrir cambios drásticos, si el personaje central (es decir, el yo de cada uno) sufre pequeños reveses. *Quizá está aquí la clave de la naturaleza oculta de los relatos vividos por los delincuentes violentos*: sus relatos dominantes son confusos, y resultan sensibles a episodios que la mayoría de la gente ignorarían; sus tramas resultan truncadas por experiencias que no serían notadas siquiera por sus familiares o amigos. Esto puede dar a los delincuentes violentos la experiencia de vivir diferentes vidas separadas. Como su relato no tiene ninguna coherencia, experimentan diferentes vidas, y no sólo una.

Por otra parte, es cierto que todos tenemos relatos ocultos, que palpitan detrás de los que se observan públicamente, que son la imagen de nuestra vida familiar y profesional. Pero tales relatos ocultos, o bien son consistentes con los públicos, o bien, si no lo son, se fundamentan en la fantasía, y nunca llegan a la realidad. *Para los delincuentes violentos que matan y violan, la fantasía se convierte en acción*. Muchos delincuentes violentos son conscientes de esa doble vida. Por ejemplo, Andrei Chikatilo, el profesor de Rostov, asesino de 53 niños y chicas jóvenes, dijo: "Me he entregado a mi trabajo, a mis estudios, mi familia, mis hijos, a mis nietos, sin que cupiera nada más en mi vida; pero cuando me hallaba en un ambiente diferente, llegaba a convertirme en una persona completamente distinta, totalmente fuera de control, como si una fuerza demoníaca me controlara, frente a la cual nada pudiera hacer para resistirme" (el psiquiatra que le entrevistó dijo: "No siente ningún remordimiento por sus víctimas; sólo siente pena por él mismo").

5. EFICACIA DEL PERFIL EN LA INVESTIGACIÓN CRIMINAL

Es difícil evaluar la eficacia de un perfil, porque aunque este sea de gran ayuda para resolver un caso, ¿cómo medir ese grado de éxito? Por ejemplo, en el estudio de caso de este capítulo, el lector verá que incluso en perfiles muy celebrados como el del Dr. Brussel para el "loco de las bombas" (*mad bomber*) y el de Canter para "el violador del ferrocarril", la colaboración del resto de la investigación fue absolutamente necesaria. Así, Brussel precisaba de la búsqueda que la policía ya estaba haciendo entre los antiguos empleados de la Compañía Edison, y de todo el análisis que los expertos en explosivos habían hecho del diseño de las bombas. Canter, por su parte, ayudó a definir un grupo menor de sospechosos entre los que ya se encontraba el violador y asesino Duffy (ver estudio de casos del capítulo dedicado al perfil geográfico).

Más notable es el resultado cuando el perfil resulta radicalmente falso, como aconteció con el caso el asesino en serie (en verdad una pareja) que asoló Washington y estados de alrededor en 2002 a través de sus disparos de rifle (“el francotirador de Washington”; ver el capítulo dedicado a los asesinos en serie).

Lo cierto es que se han hecho estudios simulados de laboratorio, donde se han comparado las habilidades de diferentes grupos de personas en la construcción de perfiles de delincuentes. Se han obtenido resultados diversos, y el éxito de estos estudios ha dependido de lo expertos que eran las personas encargadas de realizarlo. En su investigación del año 2000, Kocsis, Orwin y Hayes informaron que cuando compararon a cinco grupos diferentes de perfiladores —5 perfiladores profesionales, 35 policías, 30 psicólogos, 31 estudiantes y 20 autodeclarados “mentalistas”— los más eficaces fueron los perfiladores, seguidos de los psicólogos; los peores fueron los mentalistas, también llamados los “detectives psíquicos”.

Pero creemos que la cuestión debe de resumirse en una idea esencial: el perfil es valioso en la medida en que ayuda a canalizar la investigación hacia el camino correcto. Los buenos profesionales que trabajan dentro de un equipo pueden realizar una contribución eficaz. Actualmente hay una corriente muy crítica con el método del FBI porque todo el revuelto mediático de estos superpolicías no se ha visto corroborado por los hechos. Así, Keppel y Birnes, se interrogan de modo ácido del siguiente modo: “Dónde está la evidencia de que los perfiles elaborados en el pasado por los especialistas del FBI de verdad encajaran con los delincuentes finalmente convictos? (...) dicho sin ambages, los perfiladores del FBI suelen caer en una gran especulación, de forma muy parecida a los charlatanes que aparecieron en la televisión a propósito del caso del francotirador de Washington”

6. CONCLUSIÓN

La metáfora de la narración como herramienta explicativa de su actividad criminal es elegante y parsimoniosa, y puede ser adoptada por cualquier profesional del perfil criminológico, sea éste más partidario o menos del método deductivo o del inductivo.

El analista del comportamiento o perfilador trata de ubicar al asesino en la escena y en un punto en particular a lo largo de su cadena de asesinatos. La lógica subyacente para esta metodología es que, debido a que el asesino en serie representa la

forma última del narcisismo patológico –él existe como una singularidad psicológica en un universo de uno–, éste ve a la víctima, al crimen y la escena del crimen a través del prisma de lo que es su realidad deseada. “Así –escriben Keppel y Birnes– la víctima, las escenas del crimen y las herramientas o armas empleadas por él son utilizadas como extensiones de sí mismo, como manifestaciones físicas de sus deseos. Dado que el asesino está satisfaciendo sus propias necesidades, no puede sino dejar su tarjeta de visita en la escena del crimen”.

En la actualidad, además de las fuerzas policiales, hay agencias privadas que realizan perfiles criminológicos, particularmente en Estados Unidos. Huelga decir que no se trata de una carrera en sí misma, sino de una especialización que se deriva de haber aprendido otras disciplinas vinculadas con la aplicación de la criminología al mundo de la investigación criminal.

Las dos revistas científicas dedicadas al perfil criminológico son el *Journal of Behavioral Profiling*, en Estados Unidos, en la que Brent Turvey actuó como fundador, y el *Journal of Investigative Psychology and Offender Profiling*, perteneciente al grupo de la universidad de Liverpool, Inglaterra, liderado por David Canter.

Bibliografía

Garrido, V. (2003). *Psicópatas y otros delincuentes violentos*. Valencia: Tirant Lo Blanch.

Garrido, V. (2007). *La mente criminal: La ciencia contra los asesinos en serie*. Madrid: Temas de Hoy.

Garrido, V., y López, P. (2006). *El rastro del asesino: la técnica del perfil psicológico en la investigación criminal*. Barcelona: Ariel.